



DIRECTORA

La Serenísima Sra. D.^a María de la Paz de Borbón de Baviera
INFANTA DE ESPAÑA

Núm. 76

Salamanca 15 de Abril de 1912

Año VII

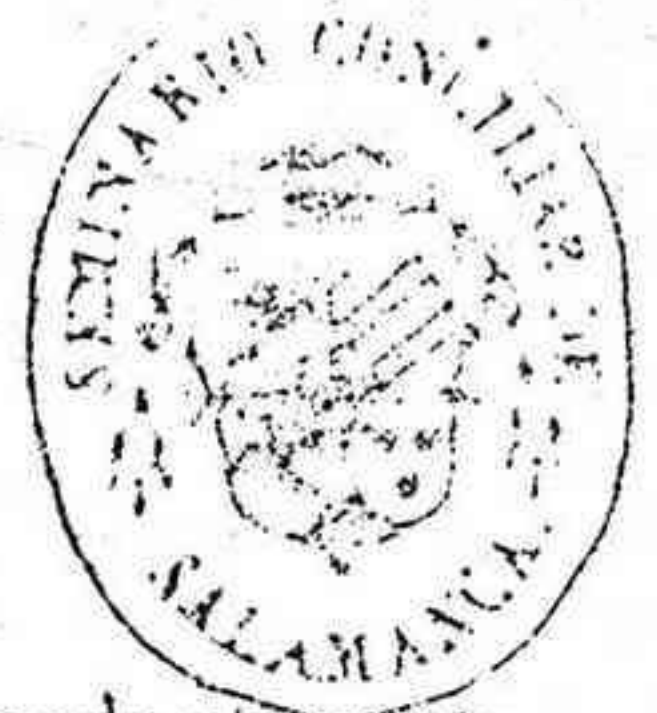
DE MI VIDA

IMPRESIONES



Me parece egoísta hablar de mi alegría cuando otras madres lloran; pero ahora que he pasado por esas zozobras, las comprendo mejor. Con ellas y como ellas siento y con ellas pido por España y por sus hijos.

Mi hijo está particularmente agradecido al Rey por haberle colocado a su lado. Cuando se prestó a servir a España lo hizo con la honradez que le es característica: «iré donde me manden», dijo, y así lo ha hecho siempre; no creo que sus soldados le hayan oído quejarse una sola vez. Ahora, aunque siente naturalmente dejar allí a los que compartieron con él los peligros de la guerra, acude contento al llamamiento de su Rey. Sé que le servirá con una lealtad a toda prueba y me parece que mi hermano se alegra de ver a mi hijo velar sobre el suyo



En uno de esos impulsos de sembrar alegrías, que me entran cuando estoy contenta, le dije el otro día a mi marido: «déjame al pasar en el colegio de los chicos».—«Hoy no les toca la lección», me contestó. «No; pero es el cumpleaños del baturro y quiero llevarle una medalla de la Virgen del Pilar y la carta de su madre». De antemano gozaba con la sonrisa tan buena y tan franca del chico. Me bajé del coche con mi dama y esperé en el colegio a que dieran las once para que volvieran los chicos de la escuela. No hay que olvidar que en Alemania todos, ricos y pobres, están obligados a ir a la escuela. La enseñanza es rigurosamente obligatoria.

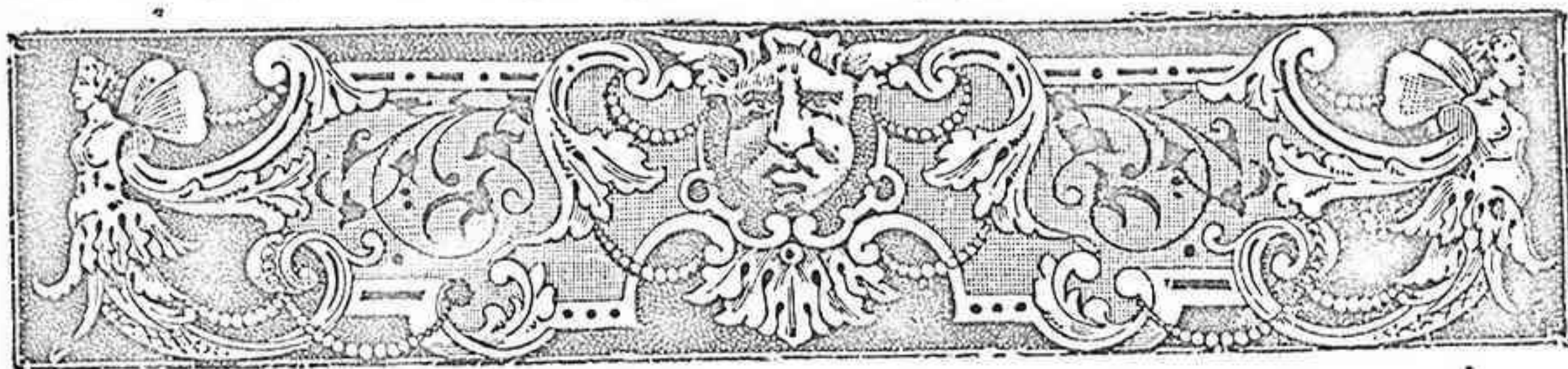
Por las mañanas vuelven los chicos a casa a las once generalmente; pero ciertos días las lecciones de algunas clases se prolongan hasta las doce. Al ver pasar los niños con sus mochilitas a la espalda sin oír ya de lejos el grito de alegría que dan los míos cuando me ven, me hizo sospechar que era de los días que duraba hasta las doce su lección; así era, en efecto, y decidí simplemente ir a su encuentro; dos de ellos venían ya y se volvieron conmigo otra vez a la escuela, muy contentos de pensar en la sorpresa que tendrían los otros cuando me vieran sentada en el banco que hay a la puerta. El momento fué, en efecto, una de esas grandes alegrías tan fáciles de tener y de las cuales nos priva tantas veces la etiqueta. Yo ya a mis años pienso desquitarme; la alegre charla de los chiquillos de vuelta de la escuela fué para mí un placer, con que en otros tiempos no hubiera podido ni soñar. Es un mundo nuevo, espléndido el que se ha abierto ante mí con haberme traído aquí esos chicos españoles. Sólo con la práctica se puede saber lo que es mejor para un pueblo, y a los niños conviene educarlos, más que con libros de pedagogía, escuchando atentamente los latidos de sus corazones, uno por uno. ¡Son tan distintos los gustos de cada uno y hay que darles gusto, ¿por qué no? en todo lo que sea permitido! Ese sistema he empleado siempre con mis propios hijos y me ha dado buen resultado. Nunca les he dicho que no por pereza o comodidad; por eso, cuando lo digo, saben de veras que no puede ser. Ese mismo sistema empleo con los chicos de mi *Pedagogium*. Saben que las alegrías que dependan de mí, no les faltarán. He vuelto a vivir por tercera vez los cuentos que me gustaban y gustaban a mis hijos. Si D. Saturnino Calleja hubiera oído cómo dije: «chicos, un cajón lleno de libros nos ha mandado Calleja», y la alegría que les produjo esa noticia, hubiera sido la mejor paga a su generosidad. El *Robinson*, tan bonitamente ilustrado como todos los de la Biblioteca Perla, es uno de los favoritos de los pequeños; a los mayores les he dado

ya *Fabiola* y *Ben Hur*. Cómo les gusta comunicarme sus impresiones de lo que oyen y leen, estoy leyendo otra vez con mi hija, para seguirles en su fantasía, todas esas leyendas alemanas tan llenas de poesía. Más tarde haremos entre todas traducciones de unas cosas al español y de otras al alemán.

Noto que cuando empiezo a hablar de mis chicos me disparo; pero todo el mundo tiene una chifladura en la vejez y esa es la mía. Como estoy convencida de que mi chifladura, lejos de hacer daño a nadie, es verdaderamente de utilidad pública, en vez de combatirla la cultivo.

Creí que era un sueño irrealizable pudiera llegar un día—en que yo estuviera—como estoy ahora, en contacto inmediato con el pueblo español, tan sano y tan bueno. Y si no viene en mi ayuda Santa Teresa no llego. Cuando yo fui a visitar el lugar donde está enterrada esa mujer, que tan alto puso el nombre de España, fui por respeto a ella, sin pensar que me iba a enseñar la manera de poder yo también servir a España. Cuando yo creía que ya no iría más que muy de tarde en tarde por aquella tierra bendita, me da por hija a María Teresa para estrechar de nuevo los lazos. Y luego me pone delante una revista suya, LA BASÍLICA TERESIANA, para que escriba mis impresiones. La Basílica, ese es el monumento que merece una mujer como esa: un templo grande, donde pueda rezar mucha gente. ¡Pero qué pocos lo entienden! María Teresa sí, acaba de probármelo con un nuevo donativo en agradecimiento por la vuelta de su marido. Theophile Gauthier, al hablar de la catedral de Sevilla en su *Voyage en Espagne*, dice: «El capítulo que encargó la construcción de la catedral condensó su plan en esta frase: «edifiquemos un monumento que haga creer a la posteridad que estábamos locos»; y más tarde añade: «en nuestro tiempo, donde todo se sacrifica a no sé qué bienestar grosero y estúpido, no se comprenden más esos impulsos del alma hacia lo infinito traducidos en agujas, en flechas, en campanarios, en ojivas tendiendo hacia el cielo sus brazos de piedra y juntando por encima del pueblo prosternado como unas manos gigantescas que suplican». Esto lo escribía el año 1843. ¡Qué diría ahora! Pediría como D. Leopoldo Cano en su discurso de entrada en la Academia de la Lengua: «un poco más poesía por el amor de Dios». Hay que verterla en el corazón de los niños, me he convencido; de la educación depende el porvenir del país. Y los chicos que salgan de mi Pedagogium tendrán poesía.

PAZ.



DE NÚMERO A NÚMERO

MIRANDO A ESPAÑA

LA TREGUA DE DIOS



DESCANSO bendito constituye, en la vorágine de la vida nacional, la tregua que la Iglesia impone a pasiones, violencias y ambiciones.

Antaño, cuando la fe era la antorcha que iluminaba el mundo y los ruegos de los Pontífices eran órdenes dictadas al amor de los fieles, establecióse la tregua de Dios, plazo que comprendía el santo tiempo de Cuaresma, y durante el cual suspendíanse las guerras, desaparecían las violencias, dedicábase a la oración el tiempo malgastado en otros días, y el amor reinaba como soberano en el imperio de la Cristiandad.

Cambiaron las costumbres menos, por fortuna, en España que en el resto del mundo; sucedieron a aquellos bárbaros tiempos otros de mayor cultura y menor religiosidad, y la tregua de Dios perdió parte de su eficacia, perdurando, durante ella, las guerras, las pasiones y la fiebre de negocios.

Pero tan arraigada hallábase en España, que aún subsiste, especialmente entre su noble pueblo, y la Cuaresma es oasis en que se entierran odios inveterados y desaparecen arraigados vicios y en que el catolicismo español, que descubrió y civilizó mundos y salvó a Europa del cisma y de la media luna, reflorece pujante y admirador.

Las procesiones de Semana Santa celébranse con pompa extraordinaria, la palabra sagrada resuena elocuentísima en los púlpitos

de las iglesias todas y la rememoración de los sacrosantos misterios de la Pasión hace que todos los labios se unan en la misma oración y todos los corazones latan bajo el fervor de la misma creencia.

Y adoran a Dios el Rey que perdona, el rústico que se flagela, la joven que canta su adoración en una triste saeta, los ojos que lloran en la sombría grandiosidad de nuestros templos, las altas dignidades que besan los pies de los pobres, después de lavarlos, y todas las lenguas que hablan el español, y que dan la razón a Carlos V, que decía que era nuestro idioma el más digno de comunicarse con Dios.

¡Benditas sean estas festividades, que tan alto ponen el catolicismo español, y bendita la tregua de Dios, que perdura, gloriosa, como las instituciones todas de la Iglesia!

F. de LAZCANO.





CRISTO ES DIOS

«Jesucristo es un hombre» ¡qué demencia!
Si es un hombre no más ¿cómo la ciencia
no explica ese fenómeno admirable
que se observa en el mundo, *la existencia
del prodigio de amor más inefable?*

Sabios, abrid la Historia;
contemplad a los genios de la guerra,
César, Aníbal, Alejandro y Cyro
que tremolaron su pendón de gloria
por los ángulos todos de la tierra.

El épico esplendor de esos guerreros
de tal manera el entusiasmo inflama,
que el soldado, al vibrar de sus aceros
la sangre ante ellos con placer derrama.

Peró se abre la tumba y su hondo abismo
se traga sus conquistas y victorias;
desde entonces ¿quién lleva su heroísmo
hasta morir por ellos? ¿quién avanza
en las lides, izando sus banderas?
¿quién a morir se lanza
en aras de unas *glorias pasajeras?*

Hundiéronse en las tumbas del olvido;
si se alza alguna voz, es solamente
para execrar su imperio reteñido
con la sangre inocente
del pueblo que a sus pies cayó vencido.

.....
¡Contemplad a Jesús...! En el transcurso
de su tragedia impía
solo y triste se ve; fiero el concurso
que con grito infernal su sangre ansía,

le insulta y le abandona
al inmenso dolor de su agonía.

—
Pero se abre la tumba y de su seno
brota una fuerza poderosa y viva;
«Cristo resucitó» y es tan sereno
el cielo de sus triunfos y sus glorias,
que vuelan en pos de El los corazones
locos de amor y encanto,
pregonando en el mundo sus victorias
y aclamando a Jesús mil veces Santo.

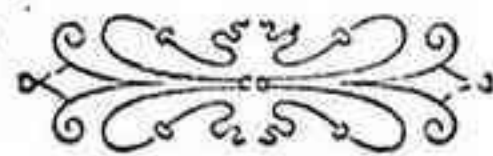
—
Y unos al árbol de su Cruz se amparan,
y otros le riegan con humilde llanto,
y en testimonio de su fe sensible
muchos por El la sangre de sus venas
vierten en el tormento más horrible

—
Y ¿es un hombre no más? ¡absurdo, falso!
¿cómo puede lanzarnos a ese abismo
de muerte y deshonor el fanatismo
que inspira un reo en su fatal cadalso?

—
¿Cómo es posible en su dolor profundo
que logre un reo enamorar al mundo
y desde el uno al otro continente,
abarcando los tiempos y lugares,
que traiga a su patíbulo a millares
toda clase de gente?

—
No resuelve la ciencia este problema
de morir por un pobre delincuente;
de tan raro furor y absurdo tema
caso igual en el mundo no hay tampoco.
No cabe otro dilema:
¡o Cristo es Dios o el mundo *se hizo loco!*

Pedro GOBERNADO.





TIERRAS DE LA SANTA

II

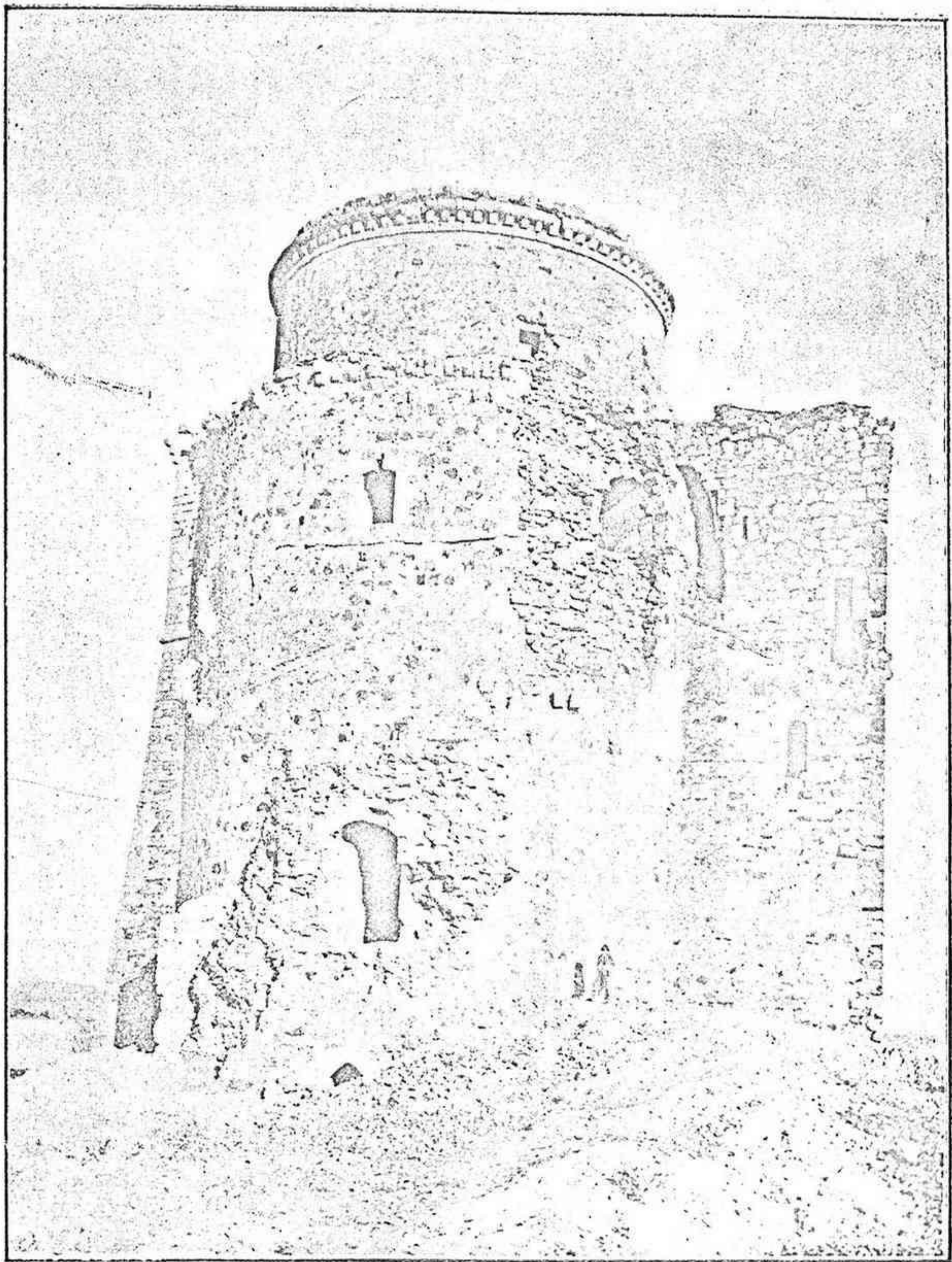
EL CASTILLO DE ALBA



ALBA de Tormes es su castillo, solamente su castillo. Anidarán en él pajarracos nocturnos; se caerá piedra a piedra; servirá de refectorio a chalanes, gitanos y bohemios; se perderán irremisiblemente, que ya están grietosos, desconchados y polvorientos, los frescos que adornan un dormitorio de los gloriosos Duques.

En aquel castillo se caerá también una pieza donde se representaban, allá por los años del Señor de 1492, el dormitorio de Juan de la Encina en el oratorio de los Duques. Era el poeta ingenuo que transporta por primera vez voquibles charros al caudal de la literatura, el ingenuo autor de tantos autos sacramentales y de tantas farsas pastoriles, de un lugarejo cercano, de Encinas de Abajo, aunque la cuna es dudosa. Menéndez Pelayo asegura que el verdadero solar del poeta es Encinasola de los Comendadores, en el partido de Vitigudino; así es que Vitigudino tiene una gloria segura, la dama chanflona de doña Tomasa, de tan hondo raigambre en la picaresca, y otra probable, el padre del auto del *Repelón*. Protegido éste por D. Fadrique de Toledo, primer Duque de Alba, hacía sus farsas y autos sacramentales en presencia de don Fadrique Enríquez, almirante de Castilla; de don Iñigo López de Mendoza, Duque del Infantado, y del Príncipe D. Juan.

Y también se perderá la estancia de don Pedro Calderón de la Barca. Es fama que después de las correrías, aventuras y amoríos



Castillo de Alba de Tormes

del famoso ingenio por Flandes y el Milanésado, se refugió en el castillo de Alba para aquietar sus nervios. Coincidió su destierro con la caída del Conde-duque de Olivares, el favorito de Felipe IV, allá por el año de 1648. En el castillo permaneció Calderón de la Barca dos años y medio. Salió de Alba para escribir, en 1650, las bodas reales de don Felipe IV con doña Mariana de Austria. Un año después obtuvo licencia para ordenarse de sacerdote.

Estos recuerdos históricos desaparecerán, señora. Y aquel día, inexorablemente próximo, tendremos que llorar la muerte de Alba. Yo quiero entonar al castillo de mi niñez una elegía prematura. Porque el derrumbamiento vendrá por lo que vienen todos los derrumbamientos de los edificios castizos de nuestra España; por incuria de todos, por ausencia de ambiente artístico, por... Sí, a veces también por engaños y supercherías. Los Duques de Alba creyeron, en 1885, que poseían en la villa que dió nombre a los timbres de la casa, un palacio confortable, pagaban una cantidad anual por la conservación del castillo, y se encontraron con que el famoso palacio servía para los fines más comunes de la casa entre gentes que carecen de ella.

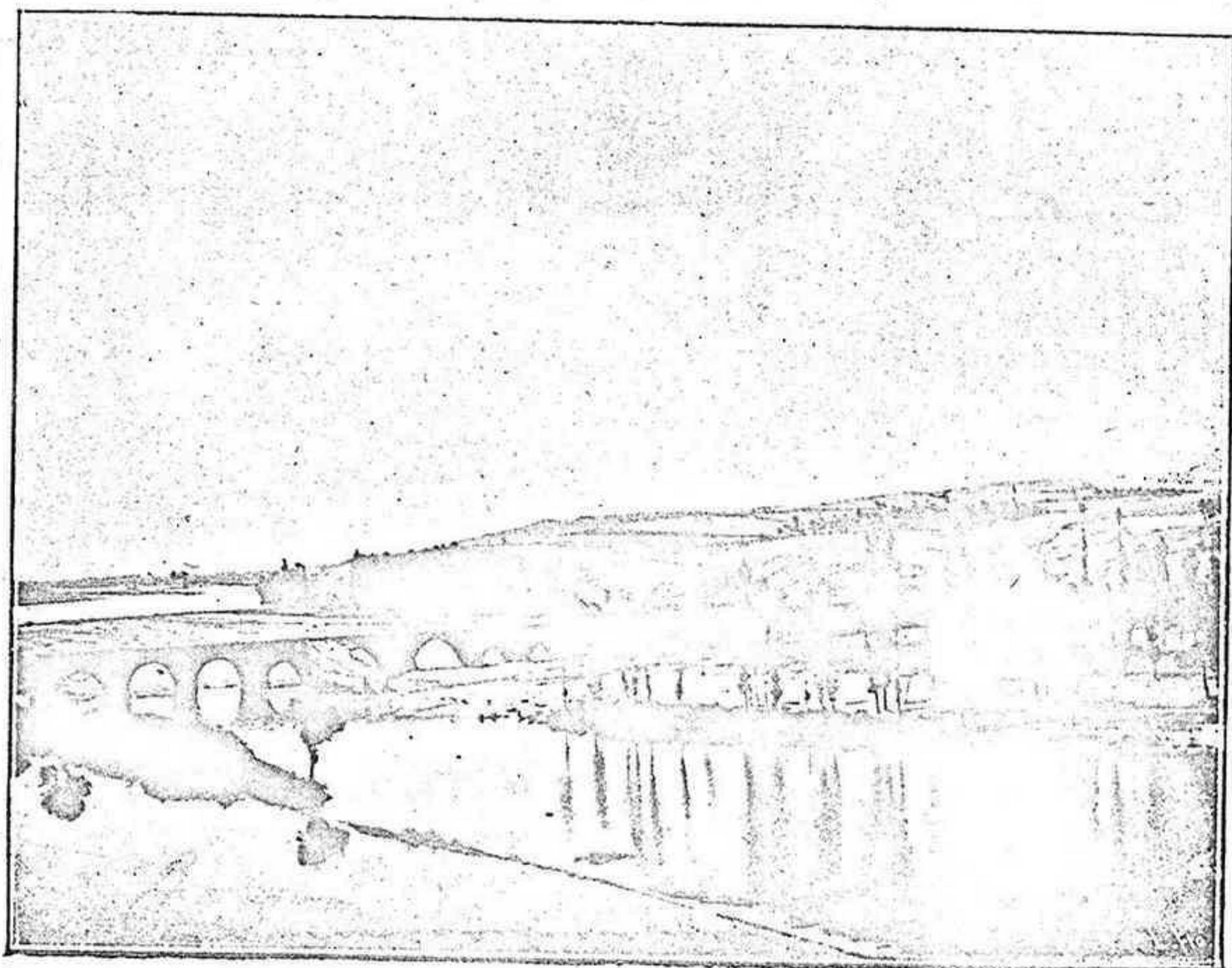
Y aquel castillo es un hermoso bloque de piedra, entre los siglos XII y XIII construido, alto, con su atalaya de homenaje al frente, dominando la vega del Tormes, que ya cantó Garcilaso:

En la ribera verde y delectosa
Del sacro Tormes, dulce y claro río,
Hay una vega grande y espaciosa,
Verde en el medio del invierno frío,
En el otoño verde y primavera,
Verde en la fuerza del ardiente estío.

Un canto a la vega son las dulces estrofas del bardo cortesano; a la vega y al esplendor de los Duques. Y a la villa ducal «baja de muros y alta de torres». En la altura se levanta una ladera «con proporción graciosa». Las torres «hermosas» yérguense al cielo con «hermosura extraña», no por la fábrica de los artífices, aunque en ellas pusieron finísima labor, sino porque fueron «ensalzadas» por sus señores, los Duques. Virtud, linaje, haber, bien de natura y de fortuna, son patrimonio de la villa. En aquellos tiempos, Alba de Tormes tiene hombres de ingenio

.....tanto
que toda la ribera adonde él vino
nunca se harta de escuchar su canto

El P. Severo, monje italiano, preceptor del gran Duque D. Fernando, es el hombre del día. Nace en la suave Placencia, allá en las mimosas tierras de la Lombardía, cerca de Bolonia, siendo el alma del palacio ducal. Evita que Luis Vives vaya de preceptor a Alba; el fraile se las arregla de tal suerte, que en un viaje a Lovai-



Puente romano sobre el Tormes en Alba

na, procura descartarse del sereno filósofo valenciano. Atrae sobre él las iras de los Duques y el P. Severo hácese dueño del campo.

«El buen agüero»—nos dice Garcilaso, que reposa en la vega plácida de sus andanzas cortesanas y de sus dulces rimas amorosas—hace del P. Severo el alma

de aquella tierra de Alba tan nombrada.

Es un sabio naturalista el fraile. Las piedras, hierbas y animales no tienen secretos para el P. Severo. Cuando le place,

..... a los caudales
ríos el curso presuroso enfrena
con fuerza de palabras y señales,

En estas estancias, que tanto recuerdan la *Arcadia* de Sannazaro, el poeta rodea de un nimbo de luz el escenario de sus amores. En la vega tienen asiento «el dulce lamentar de los pastores», los discreteos con Doña Isabel de Freire, de origen portugués, a quien conocieran Boscan y Garcilaso en los corredores y galerías de Palacio. La vega no se tiñe ahora de rojo; están lejos los tiempos de Don Juan II, que prendió al Conde D. Fadrique y al Conde de Treviño, tomando la revancha Don García, el primer Duque de Alba, que guerrea contra su rey desde la fortaleza de Piedrahita....

Mas continúa el paisaje idílico. El Tormes lame los paredones añejos del castillo y canta lentamente su canción de eterna paz. Los álamos bordean las orillas del sacro río que arrastra pepitas de oro en su carrera. El paisaje—si es en otoño—es de una infinita tristeza. Chirrían las ruedas de las tenerías y molinos; esquilean las campanas de los aguadores. Una moza lozana, remangando su brazo blanco y rollizo, dice una canción monótona y larga como el llano. El puente romano, curvo, remendado a trechos, con piedras blancas en unos ojos y verduscas y musgosas en otros, completa el fondo del paisaje casto.

Sí, Alba de Tormes es su castillo, como la vida del mozo se reduce a su ilusión primera y a la lumbre de los ojos de la primera mujer que le habló de la vida... sin hablarle. El castillo es la ilusión, el sueño, el verso robusto de la estrofa coja de mi villa. Cuando anochece, y lucen fogatas rojas en la sierra lejana de Béjar, que cierra el horizonte, retornan de paseo los curas, los médicos, los terratenientes. Hablan de sus negocios, comentan con donaire una boda deshecha, la tardanza de un específico, la muerte de un viejo catarroso quizás. Y la sombra monumental del castillo en ruinas les impone y callan. Es su cuarto de hora de ideal, cruzan pajes, frailes, dueñas, saeteros, enanos, bufones, fosos, pozos fantásticos—donde cayeron franceses—por la imaginación de aquellos buenos señores. Algún vejete, de ojos alegres y apicarados, piensa en un beso de labios ducales, dado en un foso, en noche veronesa de luna. Algún erudito diserta sobre la no muy veraz historia de «La Maja desnuda» de Goya y sobre el absurdo derecho de pernada, de fácil aplauso en las peluquerías.

El usurero piensa, con disgusto, en lo que costarían los buenos oficios de una dueña. Y aquellos hombres, por un momento, ven la vida a través de un verso de Zorrilla o de una leyenda de Becquer. Es que el culto siente un escalofrío murmurando unas palabras rimadas de Enrique Heine. La mole negra del castillo sigue proyectando

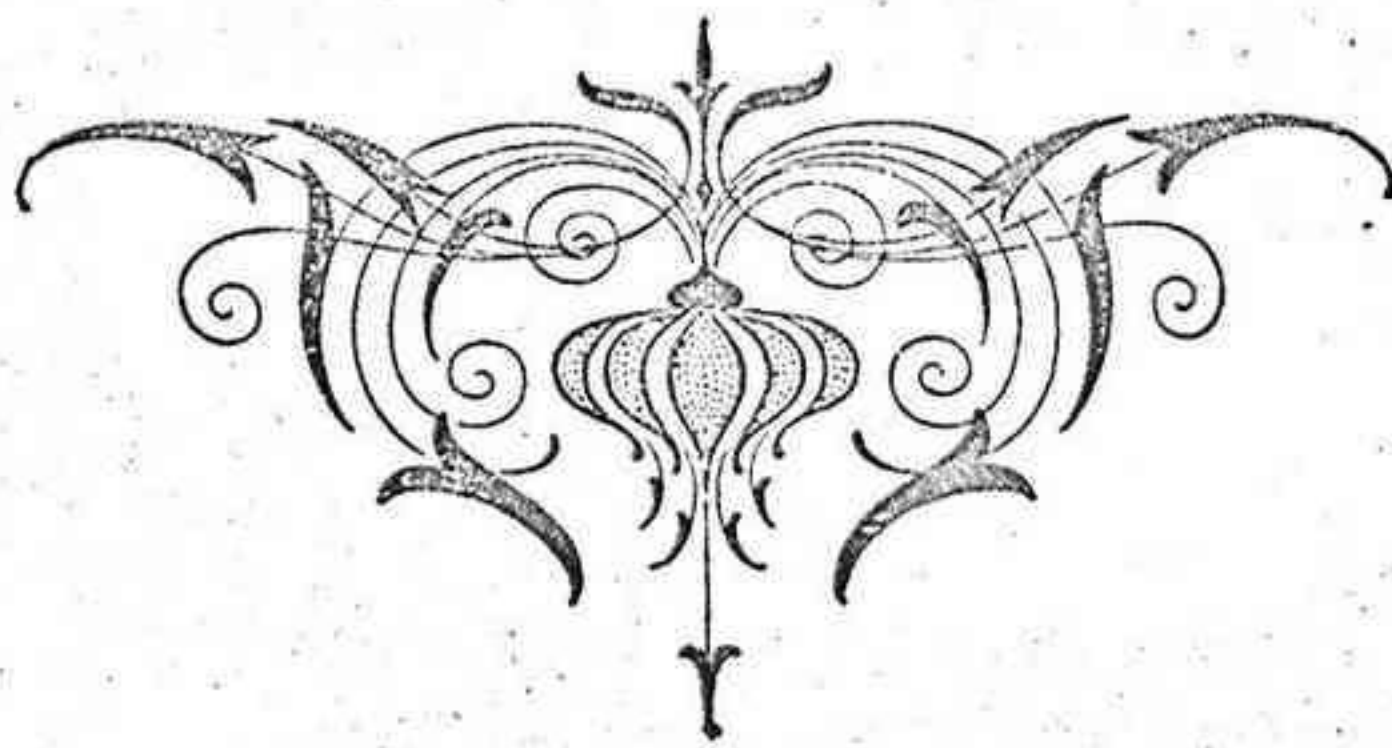
su sombra augusta sobre las casucas vecinas. Y se oye el canto antipático de una lechuza y el jcro, cro! repugnante del sapo viscoso.

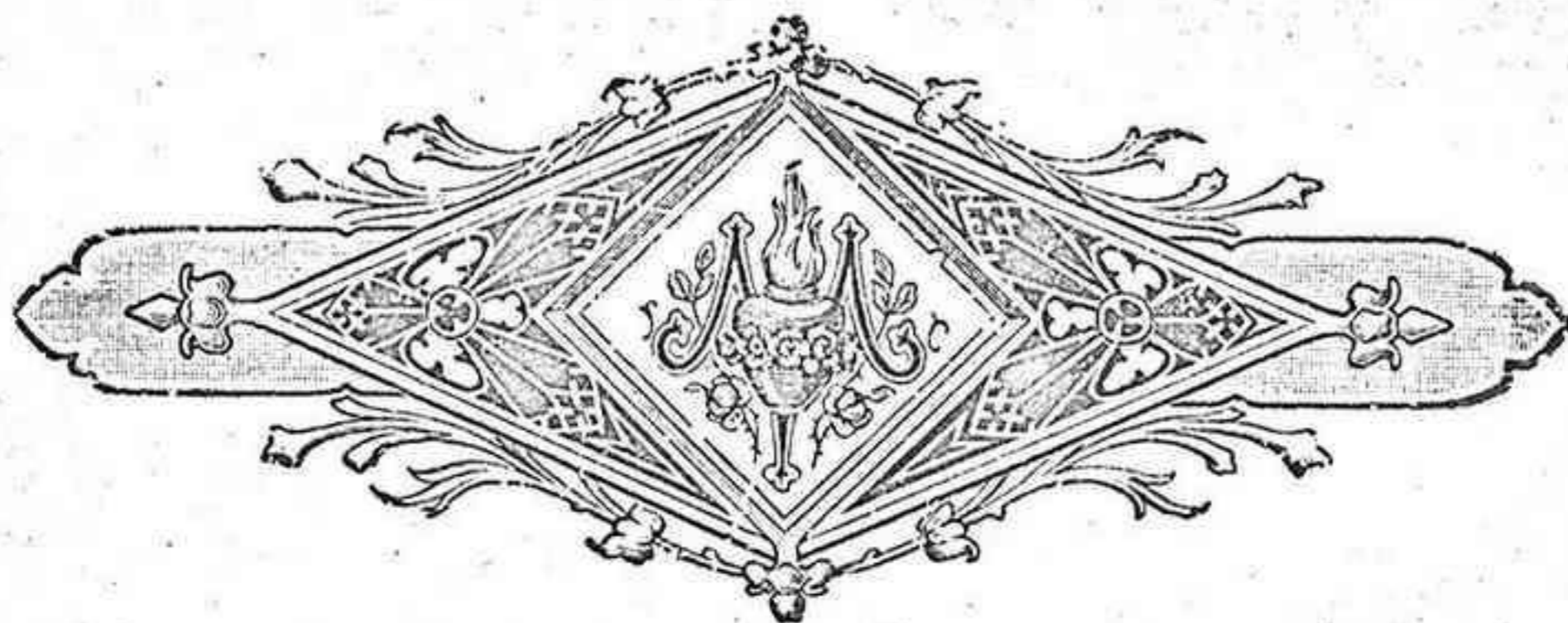
Señora mía: que recompongan eso, que remienden eso. Alba sin su castillo será un pueblo sin leyenda. Usted, que con su corazón generoso quiso remediar antaño tanto duelo, permítame que escriba esta elegía prematura.

Y que callen los poetas. Aquel castillo es mío, sólo mío. El sabe del deshacerse de mis ilusiones viejas y del retoñar de mis nuevas ilusiones. Con su tristeza ha tapado la mía.

Y que sepa de los escombros de su solar el joven Duque de Alba y que sus administradores se den maña para ahuyentar sapos y lechuzas de escondrijos solitarios que antes sirvieron de solaz a poetas y guerreros.

José SÁNCHEZ ROJAS.





Quien a Dios tiene Nada le falta

Terca la mano del desengaño
Rompe los velos de la ilusión,
Y nuestros ojos miran dolientes
Un velo negro de decepción.

Tórnese en árido desierto el mundo;
No hay ya armonía, flores ni luz;
Y entre las sombras del infortunio
Escueta, muda, se alza la cruz...

Si es nuestro pecho feliz morada
De una alma noble, llena de fe,
Con verdadero valor cristiano
Avancemos hasta su pie.

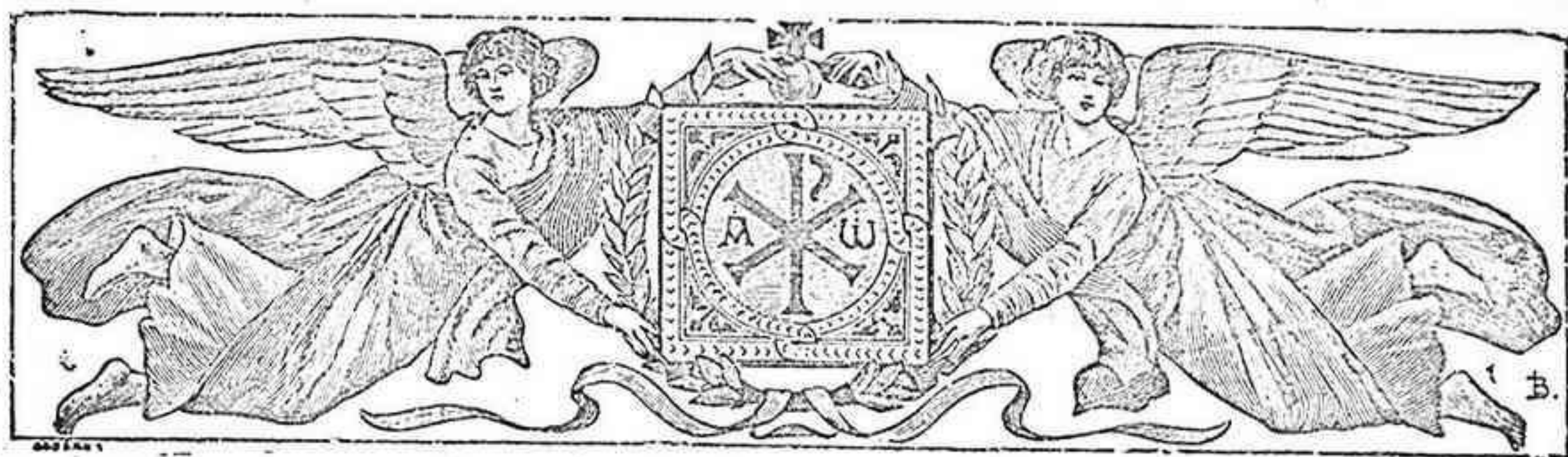
Y allí a la sombra de aquel escudo
De paz, de alianza y redención,
Aguardaremos que raudos pasen
Los huracanes de la aflicción.

Quien a Dios tiene nada le falta,
Es noble, rico, sabio y feliz;
Rey—aunque arrastre duras cadenas;
Libre—aunque humille fiel la cerviz.

Benjamina CORES.

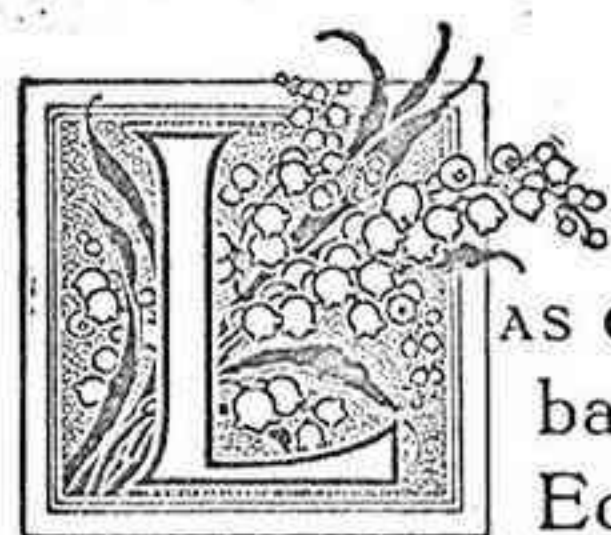
Córdoba (Argentina).





OPTIMISMO Y RELIGIÓN

II



Las doctrinas de Jesucristo, el Evangelio, han de ser la base de la educación de las nuevas generaciones. Educación, según el espíritu del Evangelio, es educación, según el espíritu del optimismo y de su hermano gemelo y compañero inseparable el idealismo. La prosa de la vida se basta por sí sola para hacer de los niños amargos pesimistas; la *familia* y la *escuela* han de contrarrestar en el espíritu del hombre esa influencia, laborar todo lo posible por llenar de fe, de confianza en sí mismo el corazón de la juventud y hacerla sentir la alegría de la vida y del trabajo. Pesimismo de juventud es niebla de otoño en primavera. «No seas viejo en los años de la juventud; florece mientras vives el mayo de tu vida; más vale ser joven con pelo blanco, que sabio viejo antes de tiempo». Un amigo de los niños ha dicho: «Si el corazón del niño tuviese cien puertas, como la antigua Tebas, yo las abriría todas de par en par, para que penetrara por ellas el sol de la alegría». Hay muchos padres que, atareados constantemente en los trabajos de su profesión, se ocupan poco en sus hijos; por propia conveniencia debieran dar, de cuándo en cuándo, de mano a la labor diaria y reirse y jugar con ellos. El sol de la alegría dora los años de la niñez, como los hilos de plata argentean y embellecen el árbol de Noel. Nuestra juventud es el Belén de la nueva generación de nuestro pueblo; donde hay Belén, cantan los ángeles y brillan las estrellas.

A los niños de educación defectuosa, se los lleva siempre con los andadores de la impresión del momento. Pueden reír y llorar

siete veces en una hora. Su estado de ánimo cambia con la misma rapidez y facilidad con que el pincel de Rubens cambiaba con una sola línea la cara de un niño llorando en la carita de ángel de un niño que reía. Hay personas mayores que pueden reirse a carcajadas cuando ven a un niño, que llora amargamente, porque un compañero rompió el brazo a su muñeca, o porque distraído y jugando se le cayó y se ensució en el barro el pan de la merienda. No piensan que los motivos que hacen llorar a los adultos, no son más que dolores relativos que, vistos desde el observatorio de la eternidad, resultan «una niñería», ni más grande ni más chica que la lágrima vertida por la muñeca rota.

Los niños educados en la pedagogía de Rousseau, lo mismo que aquellos otros que en la escuela de los filantropistas aprenden el alfabeto en carteles de azúcares y mieles, arrastran una vida triste y estéril. La impresión del momento es su canon: hoy andan por las nubes y mañana por los suelos. No hay más que una pedagogía que pueda salvar a la juventud de la tiranía del capricho, de la impresión del momento y lanzarla llena de vigor y señora de una voluntad recia y poderosa por los caminos de la vida... la Pedagogía del Crucificado.

«El que no sabe reirse, es un desgraciado; y el que no sabe más que reír, es aún más digno de compasión». Los optimistas en el sentido del Evangelio no son ni soñadores ni utopistas, sino trabajadores conscientes, de ojos abiertos, que llevan fijos en la realidad de la vida.

Para resolver con provecho el gran problema pedagógico de comunicar a la juventud la alegría del trabajo y acostumbrarla a mirar y ver la vida tal como es, se hace preciso mezclar con el optimismo una pequeña dosis de pesimismo. El ángel del optimismo que mira al Este, pone delante de los ojos de la juventud los encantos y alegrías del trabajo. El ángel del Pesimismo que mira al Oeste le recuerda que «el tiempo y la vida corren, que la muerte se acerca y que son tan grandes los trabajos como breve es la vida». Obra como si ésta estuviera a punto de escapar de tus mejillas para ir a dar con la muerte que le aguarda en tu puerta.

En todo caso nunca convendrá que el optimismo ande en la educación solo y señero. El hecho del pecado original es innegable. Nublada la inteligencia, floja la voluntad, poderoso el apetito secreto que convida a las criaturas a gustar de la fruta prohibida, peligros del mundo interior y exterior que tarde o temprano pueden destrozar o destrozan de hecho en el espíritu de la juventud lo que la es-

cuela y familia con grandes esfuerzos lograron edificar. ¿Quién levantará la losa del sepulcro? Dos ángeles son los encargados de esta misión: el ángel del pesimismo que en los trabajos pedagógicos tiene siempre presente la herencia del pecado original y el ángel del optimismo que espera la victoria en la fe de la Redención. Las fatigas y el desaliento pueden ser impresión del momento, producida por la naturaleza de los acontecimientos, pero nunca han de ser norma de vida del hombre redimido. Los murciélagos del pesimismo pueden pasar revoloteando sobre los tejados de nuestras casas, pero hemos de impedir que vengan a anidar sobre ellas.

El salmo 148 invita a la creación entera a cantar las alabanzas del Señor: «Alabad al Señor del Cielo, alabad al Señor desde el fondo de los abismos». Ya sea que el alma del niño nos sonría, pura como las flores de los campos o nos hieran las negruras de sus penas, el amigo del niño ha de saber siempre entonar un cántico de alabanzas al Señor.

De lo dicho se deduce que únicamente la *Religión de la Cruz* puede comunicar el verdadero espíritu a la labor pedagógica del optimismo; el espíritu de la alegría de la vida despojado de toda suerte de utavismos y utopías. La razón salta a la vista. Para lograr ver la vida tal como es, necesitamos tener en cuenta los dos hechos eminentemente religiosos que antes indicábamos: el pecado original y la Redención.

En el reparto de los bienes de la tierra unas criaturas fueron más favorecidas que otras; no suele haber proporción entre el valor interior de un hombre y su situación exterior. Vemos triunfar el vicio y llorar la inocencia; asistimos con frecuencia a horribles tragedias que bastarían, por sí solas, a hacer de nosotros convencidos pesimistas si la Religión no nos mostrara el Credo en la Justicia de Dios.

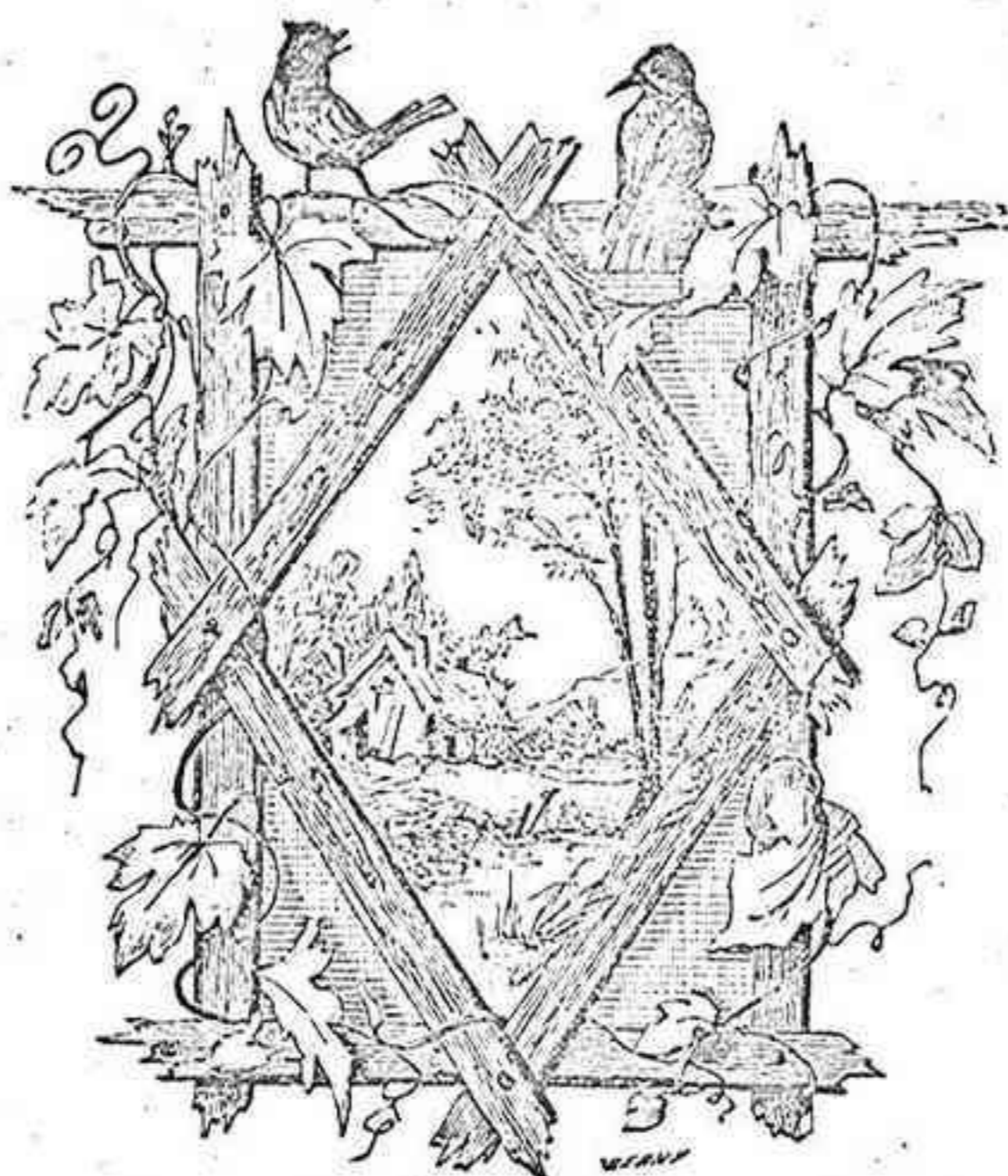
Ante las cenizas de nuestros más caros ideales, muerta nuestra esperanza, el pesimismo acabaría por ganarnos si la Religión, con sus alentadoras doctrinas acerca de la Providencia, no levantara nuestro espíritu al decirnos: «no vuelvas la vista, como la mujer de Lot, hacia el montón de escombros de los bienes perdidos; abre más bien tus brazos a la esperanza cristiana de los bienes imperecederos». Si un Job, tendido en el suelo de una naturaleza no redimida, maldice el día en que nació, un Simeón, con el Salvador en los brazos, bendice el día de su muerte como una despedida de paz. Después de la tormenta aparece en el horizonte el Arco-Iris consolador; y la fiesta más hermosa para los cristianos no es precisamente la del

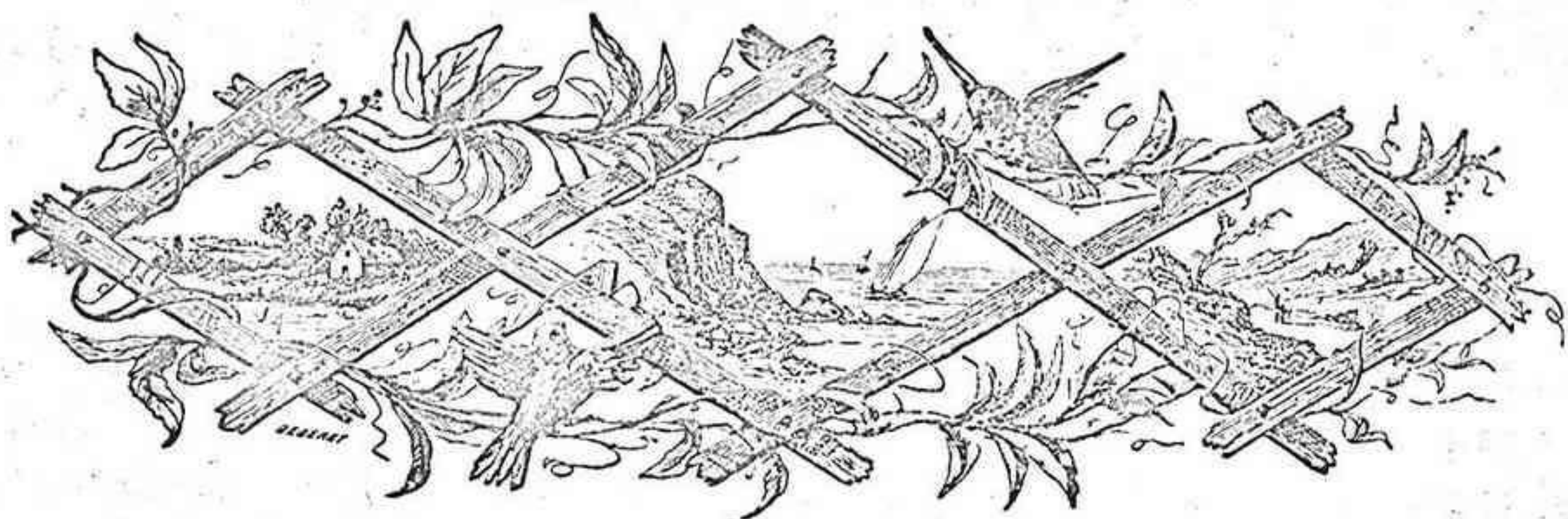
Viernes Santo con la luz salpicada de sangre, sino el Domingo de Pascua de Resurrección con el Aleluya de nueva vida.

Así como el mundo en su primera hora fué creado no por Luzbel sino por el Dios Bondadoso y Santo, así en su última no será el odio y la muerte sino el amor y la vida los que canten el *Ite misa est* de la Historia del mundo.

DR. MICHAEL TAULHABER,

Obispo de Spira.





EL CÍNGULO DE MARÍA

POEMA SACRO

II

APARICIÓN

Lucida cohorte de ministros fieles
ve con grave actitud y compostura,
todos ellos bellísimos donceles,
envueltos en radiante vestidura;
de hechizo tal, que en vano los pinceles
de Murillo copiaran su hermosura;
y en sus manos nevadas como lirio
llevando todos esplendente cirio.

Al compás de las alas tembladoras,
que el suelo rozan cual la blanca veste,
himnos alza a las bóvedas sonoras
la en dos hileras ordenada hueste.
Siente el santo varón embriagadoras
delicias viendo la legión celeste.
¿Mas qué fulgor arrojan las estrellas
al derramar el sol sus luces bellas?

Nítido sol de gracia incomparable,
de altísima beldad rico tesoro,
que brilla entre aquel séquito admirable,
como perla engastada en collar de oro:
toda pura, graciosa y deseable
avanza, en medio del fulgente coro
noble matrona, cuyo porte bello
de estirpe divinal ostenta el sello.

... y vida ce
pueden pasar re
hemos de imita

de Señor: «Ala
do de los anism
como las flores
nas, el amigda
alshanzas al S.

De lo dicho
puede conve
timismo: el esp
te de atavismo
la vida tal com
eminente
y la Resurrección

En el repart
favorecidas que
tenor de un ho
y llevar la inoce
que bastarían p
tes s'ha deliglo

Ante las ne
esperanza, el p
sus alentadoras
cuestos espíritos

... y brazos
fuerza. Si...

Jamás fué leve esquite acometido
 en alta mar por olas espumantes,
 como el santo varón es combatido
 por un tropel de dudas incesantes.
 En tanto, de estupor sobrecogido,
 ve un gallardo doncel de alas radiantes,
 que le invita cortés, con mudo gesto,
 entre los suyos a ocupar un puesto.

Y con cirio en la mano, que le diera
 el alado doncel, entre el cortejo,
 acércase al altar que reverbera
 cual entre antorchas cristalino espejo.
 En alto solio, cuyo albor supera
 a cuanto concibió humano consejo,
 de regia pompa y majestad ornada,
 a una excelsa mujer mira sentada.

Adórala, rendido y tembloroso,
 tras la hueste de nobles servidores,
 no osando contemplar su rostro hermoso
 que eclipsa, vencedor, tantos fulgores.
 El purpúreo clavel, fresco y gracioso,
 de su boca gentil, nido de amores,
 ella despliega con celeste encanto
 hablando de esta suerte al varón santo:

«Al ver tus ojos maravillas tales,
 se turban, hijo mío, confundidos.
 ¿Qué extraño que las cosas celestiales
 a distinguir no acierten tus sentidos?
 Mas recobra la calma; aquí no hay males
 que temer; bienes sólo desmedidos
 viene en esta ocasión y coyuntura
 acá a llover mi maternal ternura.

»¿No conoces quién soy? ¿Tampoco sabes
 el nombre de estos ínclitos ancianos
 que me atienden solícitos y graves,
 ni el de todos aquestos soberanos
 espíritus, que llenan estas naves?
 ¿Temes ser presa de delirios vanos
 al hablarte también? ¿No me conoces
 al escuchar mis amorosas voces?»—

«Algo entreveo, celestial Señora,
 (el sacerdote humilde entonces dijo),
 que esa corte real deslumbradora,
 y ese obsequioso séquito prolijo,
 y el profundo fervor con que os adora
 tanto hermoso doncel, según colijo,

si es que el sueño a mi fé no está engañando
de una alta Emperatriz me están hablando.

»En medio estos sucesos peregrinos
mi espíritu os conoce y os venera.
¿Pero cómo favores tan divinos
aqueste siervo indigno mereciera?
De fantasmas y espíritus malignos
que por la noche vagan, ¿no pudiera
ser engañado, y todo lo que veo
no ser sino ilusión de mi deseo?»—

«No te engañas; verdad es todo cuanto
estás viendo (replícale María):
ceda el lugar tu temeroso espanto
a dulce confianza y alegría.
Yo soy la reina del empíreo santo,
soy la Madre de Dios, que a tí me envía
del inefable Espíritu la Esposa,
y del hombre también Madre piadosa.

«Estos dos que aquí ves a mí cercanos,
son Pedro cuyo inmenso poderío
claro muestran las llaves de sus manos;
y Pablo, aquel cuyo indomable brío
lanzó en Atenas dardos soberanos
de elocuencia a favor del Pueblo mío;
y, en fin, esta legión de albas criaturas
me sirven en las célicas alturas.»—

Juan B. ALTÉS Y ALABART.

(Continuará).





ZURRÓN DE POBRE

Brindo respetuoso a la consideración de la augusta Directora de LA BASÍLICA TERESIANA estas pueriles bagatelas, convencido de que «en su grandeza—como escribió Cervantes—no sólo caben los pequeños, pero no se echan de ver los grandes».

PARA MI MADRE



SOBRE la falda cascajosa de la *Sierra de la Silla*, tumbadas a la bartola, y a cosa de una legua de Ciudad-Rodrigo, descansan tranquilas hasta unas doce casas que forman un pueblo: si *Pedro* por la *silla*, por la brava *sierra Toro*.

Fué mi cuna Pedrotoro.

¡Ah, y cómo mi pobre zurrón, repleto de añejos recuerdos, que sueltan un rancio tufillo, revienta hoy de gozo por vaciarse...!

Que si me seduce escribir de mi pueblo es, ante todo, porque quiero y puedo hablar de mi madre.

Sientan, piensen y escriban con falsilla esos aprovechados seguidores de la rutina, de la que, como del cristal, cuentan que hiere la mano que la rompe; mientras el hijo de mi madre—salvando la ley santa de Dios y su Iglesia, que humildemente pone sobre su cabeza, y los respetos debidos a la amistad y buena crianza—derrama

espontáneo y libre el pensamiento que desde tiempo atrás y con pertinacia inaudita escarabajaba en su magín.

En la naturaleza anda como escondida en el misterio una ley maravillosa que se realiza y cumple, en una u otra forma, invariablemente. Me refiero a las grandes e ignoradas analogías que por modo oculto asocian y ligan con el carácter de las personas el nombre de las cosas.

Trepando cerril por los riscos de Pedrotoro atrapé, siendo niño, la índole indómita del carácter y la independencia altiva que, andando el tiempo, no lograría escamotearme la vieja Europa desplegando las hábiles tretas de su supra-civilización y ultraprogreso.

En lo alto del Trocadero, contemplando boquiabierto el vuelo sorprendente de un aeroplano que cruza el Sena y se remonta sobre la torre Eiffel; en medio de la española y fantástica plaza de la villa de Bruselas; al pie de las gigantescas y airosas torres de la Catedral de Colonia; desde la cubierta de un vapor, electrizado en presencia del monumental y grandioso desfile de los castillos y montañas que guarnecen y sombrean las orillas emparradas del anchuroso Rhin; paseando las paradisiacas vegas del Mosa que arrulló a Mozart; en la culta, artística y, con sus lagos, soñadora Baviera, en cuya capital, Munich, y en su teatro Príncipe Regente, alcancé la inesperada dicha de saborear a mis anchas las estupendas creaciones del coloso de la música, Wagner...; en media Europa dejé marcada la huella de los grandes amores y sentires de mis riscos, dando al aire con valentía, y a botón quitado, el eco montaraz de las tonás de mi tierra.

.....

 En el fondo, ya ve usted, madre, sigo siendo lo que fuí. ¡Lo que fuí...! Golpe al zurrón y prueba al canto.

Jaquetón y talludo—lo tengo bien presente—tanto como socarrón y malicioso, era el tío *Sandín*.

Andaría yo—cuenta mi madre—queriendo romper a andar, y ya mi hombre me bautizó con el remoquete boyeril de “*el mi arrogante*”. Al emparecer—hora de aguzar las rejas—me embracilaba y no paraba hasta la fragua *en cata el herrero*, que era un tremendo goloso, y que sacó en mí el discípulo más aprovechado que en el día se conoce de la golosina.

Cuando me emperraba, acometido de furiosa berraquina, al punto acudía el herrero con su remedio infalible. Apenas me enseñaba el confite de rabioso colorín, alargaba la mano y, claro está, que si

chupaba, no lloraba. Ahora, que cuando el herrero no estaba, acaecía que mi madre me abatanaba de lo lindo a telón corrido, a culo pajarero, que decía ella

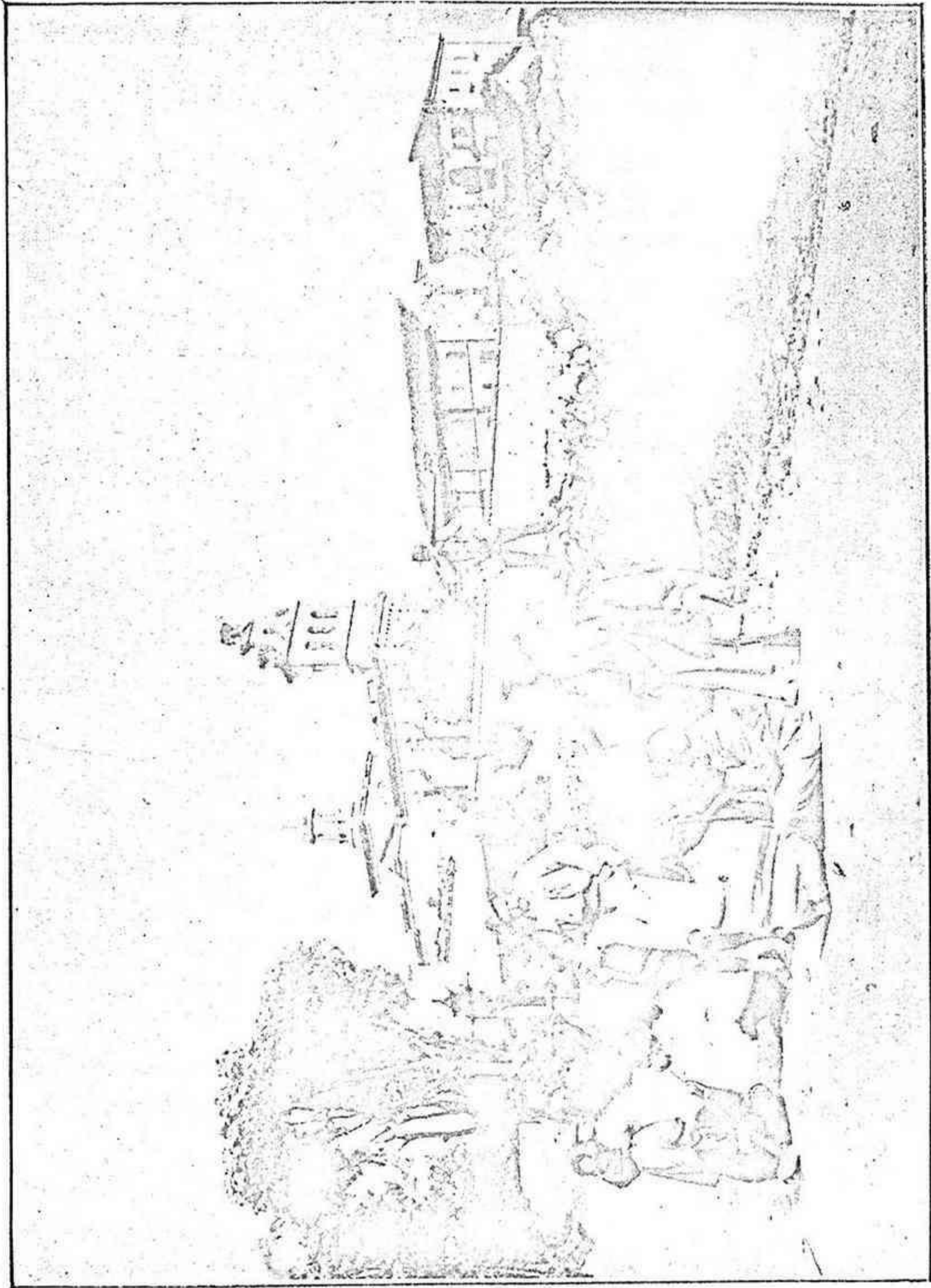
Todo esto lo cuento así, tan minucioso, para que no lo olvide mi gran amigo el redactor-jefe, don Gonzalo Sanz, que en muchas solemnes y *dulces* ocasiones, pretendió inútilmente desconcertarme con la fina ironía de su sonrisa aristocráticamente maliciosilla y agresiva.

Comencé a echar los dientes con los confites del herrero de Pedrotoro, y ni me avergüenzo de confesarme goloso—no falta quien afirma ser señal de predestinación—ni me olvidaré del tío *Sandín*, que al pasar rozando mi espíritu, dejó en él el polvo ligero y sutil de su zumbona ironía.

Echaré mano de todas mis mañas por ver si acierto a dar salida a cierta travesura que me atraganta, y con la que, por hoy, me despidió de Pedrotoro. No, madre; no es el atracón de beleños lavados en el regato y, como consecuencia, la intoxicación y sangría que me atizó el cirujano. Intentaré reconstruir la escena. Rondaría yo los cuatro años. Una pollina con su cría: atada aquélla a la reja de la ventana. Yo que salgo—armado con un rescaño de pan reciente—de casa y ocupo mi puesto, sentándome en el umbral de la puerta, que estaba pegando a la ventana.

Taconeando con ambos pies contra la piedra del umbral y tirando frecuentes bocados al zoquete, me fijo de repente en los recios sopapos que el bique descarga sobre las agotadas ubres de la paciente borriquilla. Un momento estuve viendo el animalillo aporrear y estirar la teta, hasta que, impaciente ante el martirio de la pobre madre, agarré un canto, se lo tiré con rabia al desnaturalizado hijo, y satisfecho, porque interrumpió la faena, volví a sentarme. Entonces el osado bique, echadas hacia delante las orejas y estúpidamente fija en mí la mirada, se va acercando poco a poco, paso a paso, hasta pegar y oler con su hocico mi pan. Procuro espantarlo; pero despreciándome, va dándose la vuelta, hasta que logra azotar mi cara con el rabo, que agita nervioso. Suelto el pan que me quedaba, le echo mano al rabo y, aquí caigo, allí levanto, ensayando un coleo que no supe rematar, saqué peladas las narices. Arrojando abundante sangre, lleno de tierra y colgando el moco, cuando me vió mi madre estaba hecho un Santo Cristo.

Poco tiempo después, y llamados por el abuelo Dionisio, en aquel entonces rentero de *La Caridad*, fueron mis padres a dicha dehesa para llevarla a medias con él. Ya ni mi abuelo ni su hijo Germán,



Convento de la Caridad

que fué mi padre, viven. Al evocar, pues, su santa memoria para barajarla con estos recuerdos míos, estimo un deber sagrado rendirles aquí el fervoroso y bien sentido homenaje de mi menguada pluma, ya que mis pobres oraciones las tienen a diario.

Latidos son estos del corazón que no quiero queden ahogados, aun cuando se rompa y descosa mil veces el hilo de estas menudas historias.

De las fecundas entrañas de la Sierra de Francia—estamos en camino—madre generosa de tantos ríos destetados con el jugo sábroso de sus ricas cepas, salta retozón el *Agueda* aventurero:

Pegando brincos y ronco a puro cantar, yo, que he seguido sus pasos, le he visto caer de cabeza, pegar contra un peñasco, saltar en mil pedazos, y luego quedarse todo en espuma. Magullado y maltrecho, cuando llega a *El Manco*, se tira a la larga, abre sus brazos y deja escapar una isla cubierta de un verde manto, cuyas orillas ribetea con doble y apretada hilera de poéticos alisos.

Atraído por la quietud soledosa de estos contornos y aupándose magnífico sobre una graciosa colina, se yergue sereno el que fué y sigue nombrándose *Convento de la Caridad*. En sus espaciosos claustros, convertidos en majada en los inviernos y lugar de esqui-leo en verano, derribé yo a gorrazos, sin haber oído hablar de Fray Diego Tadeo, los descendientes todos de *El Murciélagos alevoso*, cuyas perrerías no fueron tan exquisitamente crueles como las que yo hacía pasar a éstos quemándoles el hocico y entregándolos medio muertos a los gatazos que dormitaban en la amplia cocina monacal. Y a más atravesé el campuroso corral de «Las Cadenas» sin que despanzurrado rodara por el suelo algún moteado lagarto que después de comerse los huevos de los nidos se asomaba cínico a las grietas de las paredes relamiéndose de gusto y tomando el sol.

La aversión y asco invencibles que siendo niño cobré a estos bichos de instintos tan torcidos y rastreros, retoñan simbólicos en el día ante la condición perversa de ciertas gentes más despreciables y odiosas que los propios murciélagos y lagartos.

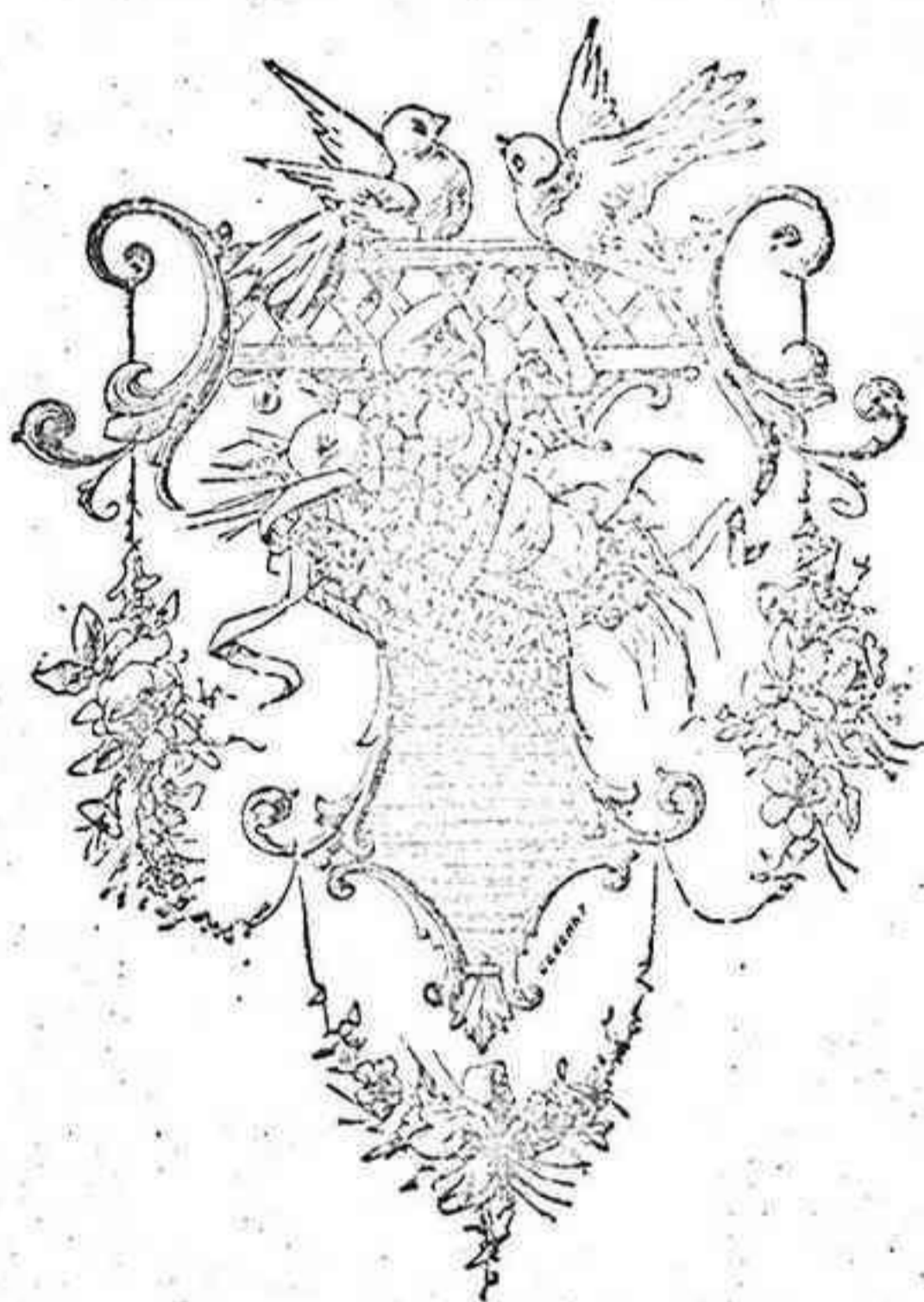
Queridos lectores: insensiblemente se nos ha hecho tarde y habremos de suprimir—Dios sabe cuán a pesar mío—la importante visita a *Cantarranas*, donde yacen los primeros cimientos de mi educación, cuya primera piedra puso aquel voluntario carlista vulgarmente llamado *El Manco Beloba*, porque en la guerra perdió el antebrazo. Ello saldrá en su día.

Hoy, apenas si puedo despedirme del Abuelo que presidiendo

patriarcal sobre los corridos poyos que festonean los muros la vuelta calmosa de gañanes y ganado, vacía su jícara de chocolate, ayudado de su nieto, en el momento mismo en que empieza a escurrirse el día.

¡Sensación placentera e intensamente poética, cargada de bíblicos encantos, que el tiempo agiganta y sublima, la que desparrama una caída de la tarde en «El convento de la Caridad»....!

PEROPULGAR.





Progresos del Catolicismo en el mundo.—En algunos países de Europa, donde el librepensamiento, el materialismo y la impiedad han sentado sus reales, han caído muchos cristianos en la infidelidad, víctimas de la mentira y de la corrupción del corazón. Por eso es altamente consolador el hecho de que la Iglesia, guiada siempre y fortalecida por el Espíritu Santo, conquista en unas regiones el terreno perdido en otras, siguiendo de este modo con paso tranquilo y majestuoso su movimiento de avance. Los siguientes datos estadísticos, tomados por un sacerdote italiano, M. Stradelli, de las más seguras fuentes, y publicados recientemente en Bolonia, manifiestan el valor de las afirmaciones de los enemigos de la Iglesia sobre la decadencia del Catolicismo en el mundo. He aquí, sin detenernos en más digresiones, la estadística que en su libro nos ofrece el escritor italiano:

EUROPA.—INGLATERRA.—En 1800 había 120.000 católicos, 200 sacerdotes y 6 Vicarios Apostólicos. En 1907, 2.180.000 católicos, 4.166 sacerdotes, 21 Obispos y 2.071 iglesias. Nadie ignora que en Inglaterra las conversiones son hijas de la reflexión y el estudio, saliendo, por tanto, el mayor número de conversos del clero y la parte más escogida de la sociedad. En confirmación de esto, diremos que desde 1899 se han convertido al catolicismo 446 ministros, 417 miembros del Parlamento, 205 oficiales de Marina, 162 literatos, 129 abogados, 60 doctores en medicina y 66 miembros de la aristocracia. Y no hay que perder de vista que la conversión, sobre todo para los ministros anglicanos, acarrea la pérdida de empleo y sueldo, para quedar a veces en la miseria el converso y su familia. Las estadísticas de Morris en el «Month», y las de Sydney Smith, nos dan durante los últimos sesenta años un término medio de 10.000 conversiones por año entre las clases elevadas. Ahora hay 82 diputados católicos en el Parlamento inglés, 41 en la Cámara de los lores y 20 consejeros de la Corona.

ALEMANIA.—En 1800 había 6.000.000 de católicos; en 1904 llegaban a 20.321.441. Sólo Berlín, que en el año 1871 tenía únicamente cuatro parroquias, tiene hoy 21, y además 26 capillas públicas y tres provisionales, siendo el número de católicos el de 160.000. Y ¿qué diremos de las obras sociales? La más importante es «Unión popular de la Alemania católica», de cuya directiva dependen 3.000 jefes de grupo, que dirigen 20.000 agentes de confianza, siendo el número de asociados el de 700.000. Hay además 1.300 Asociaciones católicas industriales, 17.000 Cooperativas agrícolas, 23.000 industriales y 1.000 Asociaciones de aprendices, con 300 hospicios y 12.000 casas de crédito, etc. Lazo de unión de todas estas Asociaciones es la «Unión popular». Los periódicos católicos diarios ejercen una grande influencia, sobre todo en los centros industriales; el número de suscriptores es muy considerable. *L'Arbets Markt* tiene 86.000

suscriptores; *L'Essener Voldszeitung*, 50.000; *L'Aussberzeitung*, 33.000, etcétera; entre todos son unos cuarenta periódicos católicos, de los cuales el que menos tiene 18.000 suscriptores. Sólo en la archidiócesis de Friburgo, donde los católicos son 1.200.000, hay 28 periódicos diarios, con un número total de suscriptores de 85.000. En poblaciones donde el catolicismo no existía en 1800, hay al presente: Brema, 10.000 católicos; Hamburgo, 25.000; Lubeck, 2.400, etcétera.

HOLANDA.—En 1800 sólo tenía 300.000 católicos y algunos sacerdotes; hoy tiene 1.822.000 católicos, 3.758 sacerdotes, un Arzobispo, cuatro Obispos, 18.825 Religiosos, 406 iglesias nuevas y 136 restauradas; en menos de veinte años se han gastado en construcción de iglesias católicas 120 millones de francos. En 1904 había en el Gobierno de Holanda tres ministros católicos, 25 diputados, 18 senadores, 14 periódicos diarios, 29 semanarios, 67 boletines semanales y 43 revistas.

SUIZA.—En 1800 había 420.000 católicos; hoy son 1.300.000, con cinco Obispos y un Administrador apostólico.

DINAMARCA.—En 1800 no existía el catolicismo; hoy hay 2.940 católicos, 90 sacerdotes, 400 Religiosos y ocho Ordenes religiosas de hombres, siete de mujeres, 14 escuelas de niños y 80 de niñas.

SUECIA.—Hay 2.800 católicos, con un Vicario apostólico.

NORUEGA.—Hay 2.500 católicos, con un Vicario apostólico, tres Congregaciones religiosas y 100 conversiones anuales por término medio. En los otros Estados de Europa el aumento de católicos desde 1800 a 1900 es el siguiente:

	1800	1900
Rusia..	16.000	150.000
Bosnia-Herzegovina..	25.000	398.000
Bulgaria..	1.300	28.000
Servia..	6.000	20.000
Grecia..	15.000	44.000

RUSIA.—Según una estadística oficial, de 1905 a 1909 se han convertido al catolicismo 230.000 personas, a saber: 168.000 en Polonia y 62.000 en el resto de Rusia. En la Turquía europea, Albania y Macedonia, etc., según las estadísticas de la «Propaganda Fide», ha habido desde 1901 a 1906, un aumento de 24.855 católicos.

ASIA.—El estado del catolicismo en Asia en 1800 no podía ser más desconsolador, pues no habiendo aún Inglaterra concedido en las Indias la libertad de cultos, no podían producir fruto las misiones. Ahora hay 4.600.000 católicos, 40 diócesis con Sede fija y 100 Obispos, Vicarios o Prefectos apostólicos.

RUSIA ASIÁTICA.—Hay más de 75.000 católicos. En los Estados sujetos a la Turquía han aumentado considerablemente los católicos desde 1800 a nuestros días. En Constantinopla, desde 8.000 a 45.000; en Esmirna, de 300 a 16.000; en Mesopotamia, de 10.000 a 113.000; en Alepo, de 800 a 10.000; en Palestina, de 3.000 a casi 30.000. En estas regiones ha habido un aumento de 26.891 fieles durante los seis últimos años.

INDIA.—Hay ocho Arzobispos, 24 Obispos, cuatro Vicarios apostólicos, 2.478.408 católicos, 2.687 sacerdotes, 3.859 Religiosos, 105 Seminarios y

Colegios, 2.300 escuelas católicas y 37 hospitales. En el período de 1904 a 1908 han recibido el Bautismo 249.703 infieles; en la isla de Ceylán, el número de católicos es el de 200.000.

INDOCHINA.—Había en 1800 unos 300.000 católicos; hoy son 1.050.000, con 1.234 sacerdotes, un Obispo y 16 Vicarios apostólicos.

CHINA.—En 1800 había tres diócesis y tres misiones, con 200.000 católicos; hoy el número de éstos es el de 1.071.290, y el de catecúmenos 424.000, 44 Obispos, 41 Vicarios apostólicos, 1.730 sacerdotes, 3.400 Religiosos, 4.067 iglesias, 90 Seminarios, 62 hospitales, y 269 orfanatos.

JAPÓN.—Hay 60.009 católicos, un Arzobispo, tres Obispos, 170 Misioneros, 40 sacerdotes japoneses, 130 Religiosos, 208 Religiosas y 210 iglesias.

AFRICA.—El Rdo. Mac Queen, ministro protestante de Boston, que ha visitado gran parte de Africa, habla de los Misioneros católicos en los siguientes términos: «He encontrado por todas partes en Africa Misioneros católicos y Religiosos, y he visto en ellos mucho espíritu de sacrificio, abnegación y ardiente amor a Dios y a los hombres; fieles en el cumplimiento de sus deberes, llegan a obtener grandes frutos allí donde otros no conseguirían nada.» En 1880 sólo había en Africa algunos millares de católicos; hoy hay 73 misiones con 660 residencias, 3.294 iglesias, 850.000 fieles, 16 Obispos, 35 Vicarios apostólicos, 23 Prefectos apostólicos, 1.700 sacerdotes, 1.660 escuelas y 2.270 hospitales.

AMERICA.—Hoy cuenta la América latina con más de 40 millones de católicos.

BRASIL.—En 1880 estaba aún por evangelizar; hoy tiene 18 Obispos, 2.000 sacerdotes, 14.450.000 católicos, dos Seminarios y gran número de colegios.

PATAGONIA.—Convertida desde 1874, hay 127.700 católicos, siendo el número de sus habitantes el de 143.000. En los otros Estados de América hay 13 Arzobispos y 54 Obispos, lo que puede dar una idea del gran número de católicos.

ESTADOS UNIDOS.—En 1808 había 40.000 católicos, 50 sacerdotes y un Obispo. Hoy hay 22.587.079 católicos, 16.550 sacerdotes, 88 Obispos, 13 Arzobispos, 3 Cardenales, un Delegado apostólico, 13.204 iglesias, de las cuales hanse construído el año último 366. El Estado de Nueva York tiene 1.220.000 católicos, con 190 iglesias parroquiales, sin contar otras iglesias y capillas; Chicago, 187 iglesias; Broklin, 110; Filadelfia, 99; San Luis, 83; Pittsburgo, 68; Boston, 61; Cleveland, 61; Búffalo, 56; Baltimore, 47, y Cincinnati, 46. Hay además 83 Seminarios con 6.182 alumnos; 217 colegios de niños y 709 de niñas, con un total de alumnos de 1.450.449; 289 Orfanatos con 51.451 huérfanos, 1.125 Institutos de caridad y 322 periódicos católicos en doce lenguas distintas. Según una estadística oficial, la Religión católica tiene más número de fieles que las demás religiones. Todos los años hay de treinta mil a cincuenta mil conversiones al catolicismo, y de las clases más ilustradas. Entre ellos podemos contar al Padre Yoef, Obispo protestante; 325 ministros protestantes, entre ellos Jons Hayes, cura de la Catedral protestante de Boston; el Padre Hecker, fundador de los Paulistas, con sus treinta primeros compañeros; 3 rabinos; 12 diaconisas; 126 abogados; 57 hombres políticos; 21 diplomáticos; 157 oficiales, y 115 damas de la aristocracia.

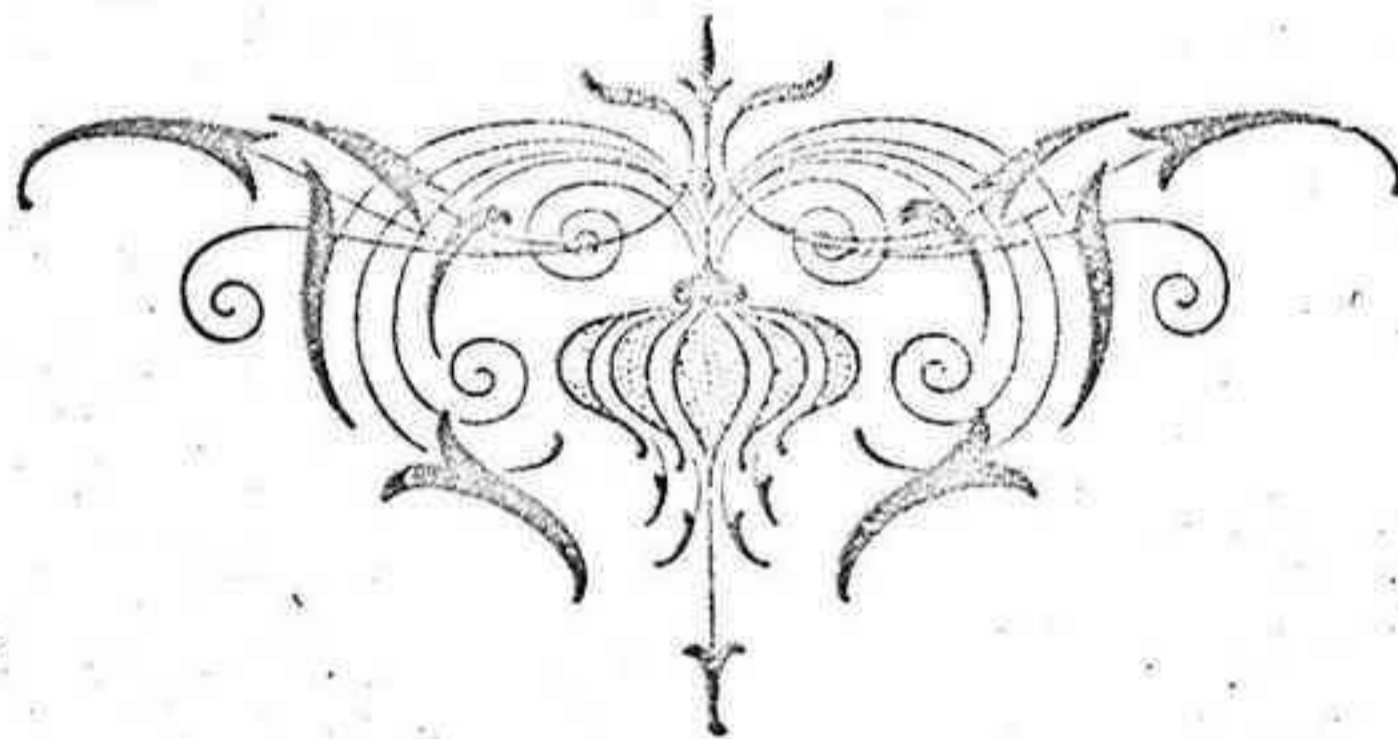
CANADÁ.—En 1800 había una sola diócesis, con 160.000 católicos; hoy hay 2.250.000 católicos, 20 Obispos, 9 Arzobispos, 5 Vicarios apostólicos, 32 Seminarios, tres Universidades católicas, 28 Congregaciones religiosas de hombres y 60 de mujeres.

OCEANIA.—AUSTRALIA.—En 1818 todavía no existía el catolicismo, a causa de la oposición del Gobierno inglés, que no concedió la libertad de cultos hasta el año 1820. Hoy hay 1.600.000 católicos, tres Arzobispos y 14 Obispos. En la Polinesia hay 57.227 católicos, 77 sacerdotes, 413 religiosos y 73 iglesias. En el resto del Archipiélago oceánico, que en 1800 aún no había sido evangelizado, hay 25.000 católicos, sin contar la Nueva Zelanda, que tiene 108.000 católicos, 85 parroquias, 286 iglesias, tres Obispos y un Arzobispo.

Estas cifras alientan y consuelan, y a pesar de su aparente aridez, nuestros lectores las habrán leído con gusto y fruición. Ellas manifiestan que en ninguna otra cosa se verifica la ley de las compensaciones con tan rigurosa exactitud como en la Iglesia católica. Su decadencia en un país coincide invariablemente con su rápido aumento en otros.

~ ~ ~

Necrología.—Después de brevísima enfermedad, murió en la paz del Señor, el 4 del corriente, en las Carmelitas Delcalzas de Calatayud, la H.^a Severina de San Joaquín, a los 69 años de edad y 44 de religión.



Donativos para las obras de la Basílica en Alba de Tormes

	<i>Pesetas</i>	<i>Cénts.</i>
S. A. R. la Sma. Sra. Infanta D. ^a María Teresa	1.000	»
De las MM. Carmelitas de Alba, recogido en los cepillos de su iglesia	73	50
De D. ^a Casimira Estivales, Tesorera de las Teresianas de Madrid.	249	»
Enviado por D. Manuel Navarro, Delegado de Plasencia:		
Recaudado por D. ^a Antolina Gregoria	4	20
— D. ^a Teresa Gregoria	5	»
— D. ^a Hermenegilda Sánchez	5	»
— D. ^a Agueda Sánchez	2	50
— la promovedora D. ^a Victoria Iglesias	18	30
Enviado por D. Isidoro López, Delegado de Plasencia:		
De D. Deogracias S. Casanueva	15	»
De D. Eusebio Ojeado	20	»
De D. Isidoro López	5	»

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, a cargo de Manuel P. Criado.

